

EL LUGAR DE LA CIENCIA

¿Cuál es el lugar de la ciencia en una sociedad atravesada por la incertidumbre y el riesgo, en la que la violencia toma un lugar preponderante? ¿Cuál es el lugar de la ciencia frente al debilitamiento de las instituciones sociales? Interrogantes que acuden rápidamente a nuestras reflexiones al recorrer los textos que este volumen nos pone sobre la mesa.

Frente a la irrupción del mundo del cuerpo, la palabra parece desfallecer. La ciencia, el saber científico, ha sido una de las herramientas más poderosas con que el hombre ha contado para ayudarse a conformar un mejor modo de vida, pero en ocasiones ha servido también para su propia destrucción. Hoy puede verse en el peligro de convertirse en un discurso cerrado que se asiente en la necesidad de ofrecer certezas y un control “perdido” que la modernidad había contemplado como posibles.

Muchas de las expresiones y prácticas sociales contemporáneas que rompen con la tranquilidad y la seguridad que la modernidad prometió son naturalizadas por la ciencia, al querer evitar la irrupción de la incertidumbre y el riesgo que toda aventura científica supone. Basta mirar cómo el llamado Síndrome de Atención Dispersa se ha convertido en un cajón de sastre al que se quiere arrojar toda práctica disruptiva que se observa en niños y jóvenes y que parece transgredir, de alguna manera, las reglas de operación social aceptadas. Frente a las dificultades con las que nos enfrentamos para comprender la razón de ser de estas formas de expresión social, se busca desesperadamente recuperar el control perdido y el discurso “tecno-científico”, poniendo por delante el método sobre la producción del saber, cosifica la condición humana y ofrece la solución al problema: la medicación de antidepresivos única vía que le permite prometer, sin temor a equivocarse, reintegrar al niño a la condición de “normalidad” deseada; promesa que nos hace creer que hoy todo es posible.

En la medida en que la ciencia tome este derrotero, la veremos distanciarse de las leyes del lenguaje que son propias a nuestra condición humana.

La producción del discurso científico, al priorizar el método, olvida la enunciación y se confunde con el enunciado, tratando de alcanzar el lugar sin falta; sustituyendo al discurso religioso, al discurso de la fe, por un método incuestionable, que no puede ponerse a discusión. La ciencia pasa, así, a constituirse en la panacea, en la verdad incuestionable que otorga, a quien la porta, un ejercicio de poder que se sostiene en la búsqueda de un control absoluto sobre lo humano.

Frente a esta tendencia habrá que mantenerse en estado de alerta, habrá que acompañarse de esa vigilancia epistemológica que Bachelard recomienda, para seguir haciendo ciencia. Hoy es importante recordar que la palabra *imposible* forma parte del léxico científico y que es esta condición justamente la que la hace posible al abrir el deseo de saber.

No quiero cerrar este editorial sin decir adiós a nuestra colega, la doctora Guillermina Waldegg, científica incansable y colaboradora permanente de esta Revista. La obra científica que nos deja permite atenuar el vacío que nos trae su ausencia y que queremos compartir en el próximo número con nuestros lectores.

AURORA ELIZONDO HUERTA, EDITORA